

INTRODUCCIÓN

[...] porque cuando es tiempo de la siega, se recogen aquí las fiestas muchos segadores, y siempre hay algunos que saben leer, el cual coge uno de estos libros en las manos, y rodeámonos dél más de treinta y estámosle escuchando con tanto gusto, que nos quita mil canas.

Don Quijote, I, XXXII, p. 369¹

La escena evocada en el anterior fragmento transcurre en la venta manchega de Juan Palomeque, la misma en la que se sitúan tantas historias de la obra magna de Cervantes. Cuando llegan allí don Quijote y su escudero Sancho Panza, la ventera, el ventero, su hija y Maritornes salen a recibirlos con muestras de mucha alegría. Pronto se enteran de las locuras del caballero, atribuidas, como es sabido, a la lectura de libros de caballerías. Esto, en particular, extraña al ventero, conocedor del regocijo que dichos textos solían deparar en las veladas que se organizaban en su establecimiento al caer la tarde, cuando los segadores habían regresado de la dura faena agrícola.

El referido párrafo es uno de los muchos pasajes cervantinos en los que el autor inserta los libros, la lectura o la escritura en la trama de sus ficciones.² Su contenido ha sido objeto de interpretaciones varias, alguna de ellas cuestionando su verosimilitud debido al elevado

1. Miguel de Cervantes, *Don Quijote de La Mancha*, edición del Instituto Cervantes dirigida por Francisco Rico, Madrid/Barcelona, Instituto Cervantes/Crítica, 1998.

2. Antonio Castillo Gómez, «La escritura representada. Imágenes de lo escrito en la obra de Cervantes», en Antonio Bernat (ed.), *Volver a Cervantes. Actas del IV Congreso internacional de la Asociación de Cervantistas*, Palma de Mallorca, Universitat de les Illes Balears, 2001, vol. I, pp. 311-325, y «Espejos de tinta. Nuevas aproximaciones a los usos del escrito en Cervantes», *Anales Cervantinos*, 43, 2011, pp. 53-90, ahora en Ignacio Arellano *et al.*, *Los textos de Cervantes*, edición al cuidado de Daniel Fernández Rodríguez, Valladolid/Madrid, Universidad de Valladolid/Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, 2014, pp. 183-219.

analfabetismo del mundo rural castellano en aquellos tiempos.³ Siendo esto indiscutible, no es óbice, en mi opinión, para reconocer cierta validez a la cita cervantina, dado que los documentos de archivo, en particular los procesos inquisitoriales, han acreditado experiencias lectoras de índole parecida, algunas de las cuales se refieren en distintos lugares de este libro. Con todo, no es esta la razón principal que me ha llevado a comenzar con el fragmento cervantino como tampoco el homenaje al autor, nacido en Alcalá de Henares, en cuya universidad enseñó, sino fundamentalmente las reacciones que aquella lectura en alta voz despertó en los oyentes allí congregados. La ventera, por ejemplo, celebraba las susodichas veladas porque nunca como en esos momentos había visto a su marido tan absorto, hasta tal punto que ni se acordaba de reñirla. Maritornes, la moza encargada de servir las comidas, corrobora lo dicho por su patrona y añade que ella también disfrutaba mucho oyendo leer dichas historias, sobre todo las más sentimentales. La hija del ventero incide igualmente en el placer que le producía cuanto oía, no los golpes que tanto gustaban a su padre sino las lamentaciones de los caballeros cuando estaban ausentes de sus damas.

A través de impresiones como estas Cervantes supo captar que los libros no son nada, o casi nada, sin la lectura, esto es, que solo adquieren su verdadero sentido al ser leídos. Sin olvidar su condición de objetos dignos de ser poseídos o coleccionados, los libros son primordialmente textos en expectativa de ser leídos, bien en la soledad del estudio, bien en el aislamiento de una celda o bien en compañía de otros, en una venta manchega o en una plaza de cualquier ciudad. En el instante en que eso acontece, cuando el texto encuentra su lector, «los signos en la página, casi invisibles, se abren a universos múltiples», como tan certeramente escribió Ricardo Piglia,⁴ cobran vida, despiertan de su aparente mudez.

3. Maxime Chevalier, «Lectura en voz alta y novela de caballerías. A propósito de Quijote I:32», *Boletín de la Real Academia Española*, 79, 1999, pp. 55-65, y «Lecture à haute voix et diffusion de la littérature dans l'Espagne du Siècle d'Or», en Louise Bénat-Tachot y Jean Vilar (eds.), *La question du lecteur. XXXI^e congrès de la Société des hispanistes français, mai 2003*, Marne-la-Vallée, Presses universitaires de Marne-la-Vallée/Ambassade d'Espagne, 2004, pp. 85-89.

4. Ricardo Piglia, *El último lector* (2005), Barcelona, De Bolsillo, 2014, p. 17.

En términos académicos, la atención a las prácticas lectoras es una de las claves del giro que la historia del libro ha venido experimentado desde los años ochenta del siglo pasado. Si hasta entonces habían prevaecido las investigaciones centradas en la posesión y en su distribución por grupos sociales, categorías profesionales, sexos, edades y lugares de residencia,⁵ desde finales de dicha década empezó a preocupar más la figura de los lectores y, sobre todo, los modos de efectuar la lectura. Como Roger Chartier y Daniel Roche señalaron a mediados de los años setenta, el objetivo principal se encaminaba a captar aquello que cada sociedad escribe o lee.⁶ Este cambio implicó un nuevo objeto de estudio y, por ende, nuevos métodos y nuevas fuentes. La historia de la lectura se fue enriqueciendo con préstamos tomados de la crítica literaria, en especial de la estética de la recepción, dada la importancia que esta disciplina confiere al acto de leer. A su vez, el interés por desentrañar las prácticas lectoras a lo largo del devenir ha otorgado un significativo valor al papel que las formas materiales puedan jugar en la construcción de sentido, a la hora de comprender tanto los horizontes de lectura establecidos en los textos como el significado puntual elaborado por cada lector. Al final, con todo, está también la libertad de este, quien, pese a ciertos condicionantes, puede interpretar lo que lee sin ajustarse necesariamente a cuanto se le propone bajo diferentes formatos y estrategias textuales.

A raíz de esto se buscaron nuevas fuentes pues ya no bastaba con los inventarios *post-mortem*, tan empleados en la anterior etapa. Sin rechazar estos, cobró más importancia el estudio material de los propios volúmenes, ya fuera para valorar la relación entre las tipologías textuales, las modalidades de lectura y los tipos de público,⁷ ya para analizar las huellas dejadas por los lectores en los propios libros.⁸ A esto se sumó el aprovechamiento de los testimonios más variados —documentales,

5. Henri-Jean Martin, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVII^e siècle (1598-1701)*, Paris/Genève, Droz, 1969.

6. Roger Chartier y Daniel Roche, «El libro. Un cambio de perspectiva» (1974), en Jacques Le Goff y Pierre Nora (dirs.), *Hacer la Historia, III. Objetos nuevos*, Barcelona, Laia, 1980, pp. 119-140.

7. Donald F. Mckenzie, *Bibliografía y sociología de los textos* (1999), Madrid, Akal, 2005.

8. Heather Joanna Jackson, *Marginalia: Readers Writing in Books*, New Haven, Yale University Press, 2001; y Dirk Van Hulle y Wim Van Mierlo (eds.), *Reading Notes*, monográfico de *Variants*, 2/3, 2003-2004.

literarios o iconográficos— a fin de reconstruir la historia y memoria de distintos lectores, desde los más cultos a los más «populares», sin descuidar tampoco las representaciones del acto lector en la literatura o en el arte.⁹

Dado que no existen textos sin lectores, o si los hay pierden buena parte de su sentido, otro de los retos ha sido reconstruir las experiencias personales y colectivas de la lectura, así como el comportamiento de los sujetos que leen y los lugares donde lo hacen. No solamente de quienes viven rodeados de libros, sino también de aquellos que pertenecen a grupos sociales menos familiarizados con la cultura escrita, bien porque están menos alfabetizados, bien por la marginación perpetrada por ciertas políticas de lo escrito, sobre todo en relación con las clases populares y las mujeres. Afortunadamente, el desarrollo que la historia cultural y de género ha tenido en los últimos tiempos ha contribuido a colmar algunas de las lagunas existentes en la práctica historiográfica anterior. Emerge, en consecuencia, un mayor interés por la lectura corriente y por el lector común, entendido, según escribió Virginia Woolf, en la introducción a la primera serie de su colección de ensayos *The Common Reader* (1925), como aquel que «lee por placer más que para impartir conocimiento o corregir las opiniones ajenas».¹⁰

Estas son coordenadas que enmarcan los ensayos reunidos en este volumen. En ellos he tratado de profundizar tanto en los discursos áureos sobre la lectura, objeto del primer capítulo, como, aún más, en diferentes modalidades y experiencias de lectura, procurando que estas sean representativas de los distintos significados que la sociedad hispana de los siglos XVI y XVII atribuyó al verbo leer. Bajo esta perspectiva, en el capítulo II abordo el contenido y los procedimientos de la lectura erudita, incidiendo en el hábito de estos lectores, es decir, en las obras que leían y en el modo de hacerlo, destacando la intensa relación que establecieron entre leer y escribir. A caballo entre el

9. Como acercamiento al desarrollo de la historia de la lectura pueden verse los ensayos reunidos en Roger Chartier (ed.), *Histoire de la lecture. Un bilan des recherches*, Paris, IMEC/Éditions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1995; Martyn Lyons, *Historia de la lectura y de la escritura en el mundo occidental* (2010), Buenos Aires, Editoras del Calderón, 2012, pp. 17-34; y Shafquat Towheed, Rosalind Crone y Katie Halsey (eds.), *The History of Reading. A Reader*, London/New York, Routledge, 2011.

10. Virginia Woolf, *El lector común*, selección, traducción y notas de Daniel Nisa Cáceres, con la colaboración de Ana Pérez Vega, Barcelona, Lumen, 2009, p. 9.

estudio y la evasión transcurren las experiencias lectoras en las cárceles inquisitoriales que reconstruyo en el capítulo III, mostrando las diversas estrategias utilizadas por los presos para acceder a los libros pero igualmente las facilidades que los alcaides de las prisiones otorgaron a algunos de ellos.

En tanto que los capítulos II y III conciernen a lecturas efectuadas en silencio y en espacios cerrados, aunque no siempre fueran habitaciones propias en el sentido que Virginia Woolf dio al término en 1929, los capítulos IV y V afectan a prácticas lectoras compartidas y realizadas en alta voz, donde la figura de los mediadores fue particularmente relevante. En el primero de estos establezco una reflexión sobre los paralelismos y diferencias que pueden notarse en la lectura de textos espirituales entre un grupo de moriscos, una casa de beatas y las carmelitas descalzas de santa Teresa de Jesús como expresión de una comunidad de religiosas observantes. En el capítulo V, la lectura sale de los espacios cerrados para llegar a la calle, a la plaza pública, allí donde lo mismo podía asistirse a la lectura de un edicto, una gaceta o de cualquier suceso real o inventado que a la de los numerosos carteles, anuncios publicitarios y pasquines fijados en las paredes. La atención, en fin, a estos productos menores, manuscritos e impresos, me lleva a reclamar su lugar en la historia del libro y de la lectura, como también he tenido ocasión de hacerlo en otro texto publicado hace pocos meses.¹¹

Revisadas distintas prácticas y situaciones de lectura, la obra se cierra con un capítulo centrado en los sentidos dados a los libros y al acto de leer, incluido su aprendizaje, en un ramillete de textos autobiográficos de los siglos XVI y XVII, desde las autobiografías espirituales de tanto suceso en aquella época hasta los diarios y memorias de gentes cultas y corrientes. Con esto he querido mirar también a las figuras del lector y de la lectura según se plasmaron en las escrituras personales, en una serie de textos a través de los cuales sus autores establecieron una determinada imagen de sí mismos, deteniéndome a calibrar la implicación que en esta asumieron los libros y la lectura conforme a la condición social y competencia cultural de cada autobiógrafo.

11. Antonio Castillo Gómez, «Efímeros y menudencias. Otras lecturas en tiempos de Carlos I», en José María Díez Borque (dir.), Álvaro Bustos y Elena Di Pinto (eds.), *Bibliotecas y librerías en la España de Carlos V*, Barcelona, Calambur, 2015, pp. 125-157.

En suma, los seis ensayos que componen este libro esbozan una aproximación a los discursos, prácticas y representaciones de la lectura en España durante la temprana Edad Moderna. De otro lado, entrañan una propuesta de trabajo en torno a las posibilidades que en esa dirección pueden ofrecer las fuentes más diversas, desde los documentos de archivo hasta los testimonios literarios, desde la materialidad de los textos hasta su representación o desde los libros en formato códice hasta los impresos y manuscritos en hojas sueltas. El punto de mira se ha puesto en la lectura como un proceso complejo, tratando de seguir el registro de la práctica de leer y sus efectos, perfilando así una historia de los modos de leer y de un conjunto de lectores, algunos reputados y muchos otros desconocidos, y no pocos de ellos individualizados, nombrados. Con ello intento modestamente contribuir a una forma de hacer historia, la que rastrea la lectura y los lectores, consciente, como ha notado Robert Darnton, de su dificultad por la escasez de huellas que muchas veces han quedado de ello.¹²

Aunque escritos en distintos momentos de mi trayectoria académica, como se hace constar en la primera nota al pie de cada capítulo, todos ellos responden a algunas de las inquietudes que orientan la misma desde que comencé a ocuparme del estudio de las prácticas sociales de la cultura escrita allá por finales de los años ochenta, a raíz de mi primera estancia de investigación en el otrora Istituto di Paleografia de la Universidad «La Sapienza» de Roma, bajo la orientación del profesor Armando Petrucci. En este camino me ha guiado siempre la sabiduría de numerosos autores, destacando entre ellos el citado Petrucci y Roger Chartier, cuyos ecos pueden atisbarse en estas páginas y sin cuyo magisterio, directo o indirecto, mi intuición seguramente no se hubiera despertado. Por lo que atañe a los textos que conforman este volumen, la primera deuda la contraí con quienes me dieron la ocasión de escribirlos: Fernanda Maria Guedes de Campos, Manuela D. Domingos, José Adriano de Freitas Carvalho y Maria de Lurdes Correia Fernandes, a quienes debo las invitaciones portuguesas en las que fructificaron los capítulos II, III y IV; María del Rosario Aguilar Perdomo, por ofrecerme participar en el número de la revista colombiana

12. Robert Darnton, «¿Qué es la historia del libro?» (1982) y «Primeros pasos hacia una historia de la lectura» (1986), en su libro *El beso de Lamourette. Reflexiones sobre historia cultural*, México, FCE, 2011, pp. 117-146 y 165-199.

Literatura: teoría, historia, crítica, en el que tuvo su bautizo editorial el actual capítulo V; y Pedro Cátedra, por la ponencia que me confió para el I Congreso Internacional del Instituto de Historia del Libro y de la Lectura, celebrado en el lejano otoño de 2002 en Salamanca, donde me acerqué por vez primera a las autobiografías áureas desde la historia de la lectura. El capítulo I, en fin, lo presenté inicialmente en mi propia casa, en la Universidad de Alcalá, en el marco de un curso de verano que tuve el gusto de dirigir, convertido en libro unos años después.

Esta nueva presentación ha estado precedida de sendas traducciones al italiano —carente del capítulo VI por motivos editoriales— y al portugués, publicadas respectivamente en los años 2013 y 2014.¹³ Como hice entonces, he vuelto a leer el texto y, en consecuencia, he introducido las actualizaciones que me han parecido necesarias, sobre todo de índole bibliográfica, junto a ciertos cambios y añadidos. Estos no alteran lo sustancial de las versiones originales pero corrigen y amplían donde convenía hacerlo. Llamo así la atención sobre la reescritura de los comentarios referidos al manuscrito *El pan quotidiano*, un auténtico cuaderno de notas de su autor, Pedro Velázquez, estudiante de Medicina en Alcalá, de quien por ahora no es mucho más lo que se sabe (capítulo II); así como de distintos apartados del capítulo V en los que he desarrollado algunas de las ideas apuntadas en el artículo que le da origen. Por último, he optado por normalizar las citas procedentes de obras y documentos de los siglos XVI y XVII cuando remiten a manuscritos e impresos originales o a reproducciones facsimilares de estos, incluyendo entre corchetes aquellas aclaraciones que me han parecido necesarias para facilitar su comprensión. He respetado, empero, los criterios propios de cada editor si los textos cuentan con una edición moderna, pese a que a veces estas conserven los usos gráficos de aquellos tiempos.

Al igual que en las versiones italiana y portuguesa, con esta agrupación en la lengua en la que originalmente fueron escritos abogo por el diálogo entre este ramillete de textos. Al agavillarlos con las vestes que me ofrece la editorial Iberoamericana, a cuyos representantes Klaus y Anne agradezco la confianza que han puesto en mí, trato de restituir el

13. Antonio Castillo Gómez, *Leggere nella Spagna moderna: erudizione, religiosità e svago*, Bologna, Patron, 2013; y *Livros e leituras na Espanha do Século de Ouro*, Cotia, Ateliê Editorial, 2014.

hilo que entretejió su escritura, por más que esta aconteciera en distintos momentos. Los ofrezco, en suma, como un personal acercamiento a los discursos, las prácticas y las representaciones de la lectura en los Siglos de Oro, consciente de que es al eventual lector o lectora a quien corresponde valorar la pertinencia de este ensamblaje.

Alcalá de Henares, enero de 2016